

crificios: 40 dientes de ballena, 10,000 ignamos, 30 conchas de tortuga, 40 raíces de jakona, muchos centenares de «pudings», 150 ostras enormes (*Chama gigas*), 15 sandías y además una porción de cocos, plátanos y taros. Cuanto más grandes los sacrificios tanta mayor es la confianza que despiertan. Hecho esto, envíanse al enemigo los mensajeros de guerra, y simultáneamente emprenden los diplomáticos, con los bolsillos llenos de dientes de ballena, sus viajes á los territorios de las tribus neutrales. A envía á B un diente para atraerlo á su causa contra C: C al saberlo manda á B un diente más grande para suplantar á A, después de lo cual B es quizás bastante sabio para quedarse con los presentes de los dos y no auxiliar á ninguno. En las contiendas entre un caudillo débil y otro fuerte un tercero se pone, á veces, al lado del primero para hacer inofensivo al segundo: en una palabra, se emplea allí la astucia como en los pueblos más civilizados, sólo que se emplea de una manera más infantil, más ruda y más cándida. En estas demandas de auxilio los tonganeses, que por casualidad se encuentran en el teatro de la lucha, desempeñan con frecuencia como aliados un papel tan importante que en muchas ocasiones se les ha dado como recompensa la posesión de pequeñas islas. El caudillo que promete su auxilio envía por delante una lanza ó una maza como queriendo decir: aquí va mi arma y en seguida voy yo.

Antes de comenzar la lucha y para aumentar el ardor bélico se celebra la ceremonia del *Bolebole* ó sea de la provocación que no es otra cosa que la fanfarronada elevada á sistema: los guerreros se presentan individualmente ó en grupos al caudillo dirigiéndole frases jactanciosas como estas: «¿Me conoces, señor? Tus enemigos pronto me conocerán» ó «¡Mira esta destal! Ahora está reluciente, mañana estará tinta en sangre, etc.» Todo esto se hace con mucha solemnidad aunque sin las horribles muecas á que tan aficionados se muestran en tales ocasiones los polinesios. Los guerreros se empolvan con un polvo negro que da á su piel un color negro aterciopelado de gran efecto destacando en él de un modo extraordinario los ojos y los dientes. A continuación de aquella ceremonia el caudillo pronuncia un discurso lleno de promesas á los valientes para las cuales dispone aquél de las mujeres más hermosas; el sentido de estos discursos es siempre el mismo: «Permaneced fieles á mi causa, no prestéis oídos á los que traten de seduciros para que me abandonéis: la recompensa será espléndida.»

Esta lucha durante tanto tiempo y con tanto estrépito preparada no consiste generalmente, como pudiera creerse, en una batalla campal sino que se reduce á sitiar ó sorprender una fortaleza situada las más de las veces en una montaña ó defendida por un foso de agua casi siempre de un modo que demuestra con cuánto talento han sabido sus moradores utilizar las ventajas de la naturaleza. T. Williams describe una de estas fortalezas en los siguientes términos: «Después de una penosa ascensión por una abrupta vereda oculta y dificultada por exuberantes vegetales, llegué al borde de un precipicio que cortaba el camino: al lado opuesto, distante sólo algunas varas, veíase la entrada de la fortaleza practicada en el muro de rocas que allí se levantaba; para llegar á ella era preciso introducir las puntas de los pies en las quiebras de aquellos peñascos cortados á pico y agarrarse con las manos á cualquier punto saliente de los mismos y de esta suerte y abalanzándose á un lado poder llegar á una prominencia que aparecía delante de la puercecita.» Además de esta dificultad para llegar á ellas, están estas fortalezas defendidas por empalizadas y por murallas revestidas de piedra y provistas de aspilleras: en las aldeas

fortificadas que se alzan en las llanuras encontramos también como medio de defensa los fosos de limo; la entrada principal está flanqueada por altos muros á modo de baluartes y la puerta está hecha con vigas correderas. Desde la introducción de los naranjos y de los limoneros se han aumentado las defensas con empalizadas de espinas que, dada la desnudez de los indígenas, pueden considerarse como murallas inaccesibles. En el interior de la fortaleza hay un vigía emplazado en un sitio elevado. El redoble de los tambores avisa la proximidad de un peligro ó de un ataque. T. Williams dice que los defensores de estas fortalezas parecen querer provocar al enemigo agitando sus banderas y lanzando contra éste, á favor de un viento propicio, «objetos extraños á modo de cometas.» La lucha, sin embargo, no se decide por medio del ataque sino de la sorpresa, del hambre ó del cansancio. Mientras dura el sitio, los sitiadores construyen una segunda fortaleza enfrente de la sitiada y se muestran orgullosos con sólo coger un niño que se haya atrevido á salir de la plaza cercada. Muchas veces estas guerras terminan sin que se haya derramado una sola gota de sangre. Hay un hecho que demuestra la existencia de una especie de derecho de gentes que procura suavizar todavía esta clase de guerras, tal es el de que durante cierto período de tiempo, cuando menos, es decir mientras no se ha agotado la paciencia de los dos beligerantes, éstos respetan los árboles frutales del enemigo. En cambio, es contrario á la virilidad y á la justicia la idea allí predominante de que es más honroso ganar una guerra por medio de la astucia y de los artificios que luchando francamente. No hay nada que limite las astucias de la guerra y los mismos grandes caudillos no retroceden ante maldades realmente mezquinas. Cuando Mbau quiso ocupar la aldea de Naingani sin que le fuera posible conseguir su intento, el caudillo de Viwa amigo de las dos partes hizo el papel de traidor; en efecto, dirigióse á dicha aldea y logró convencer á sus habitantes de que le siguieran á un lugar seguro en donde estarían fuera de la jurisdicción de Mbau y después de haberlos llevado á la costa ayudó á éste á matarlos. En casos como este, la furia del vencedor no suele perdonar ni á las mujeres ni á los niños, cometiéndose en tales ocasiones las mayores crueldades. En Vanúa Levu algunos guerreros que se habían distinguido por sus amenazas contra el caudillo enemigo antes de que la victoria se declarara favorable á éste, fueron envueltos en manojos de hojas secas de palmera y se les dejó en libertad de echar á correr así después de haberles pegado fuego. También Fidschi tiene su leyenda sobre el «salto del caudillo» enlazada con una roca extraña de la isla Wakaya desde la cual se precipitó al abismo un caudillo perseguido.

Cuando uno de los dos caudillos que están en guerra implora la paz, puede pedirla de dos maneras, siendo la más eficaz enviar al caudillo enemigo una mujer lujosamente ataviada: la impresión que esta mensajera de paz produce es mayor si ésta lleva en la mano un diente de ballena. En el distrito de Mbúa las dos partes beligerantes se colocan una enfrente de otra y se arrojan mutuamente las armas á los pies: símbolo claro y enérgico de los deseos de paz.

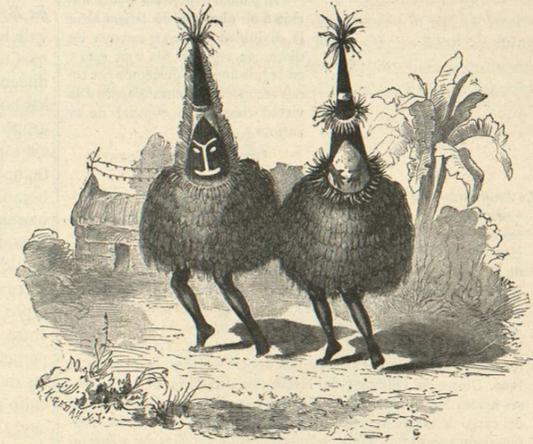
El que con su maza ha dado muerte á una persona, sea ésta hombre, mujer ó niño, recibe un sobrenombre honorífico al cual se añade el prefijo honorífico *Koroi*. Si el interfecto pertenece á una categoría elevada, el asesino toma su nombre ó recibe algún otro título honorífico en virtud del cual se le denomina gallina, canoa, peine, fortaleza de su caudillo. Los grandes caudillos reciben, cuando vencen en alguna lucha, títulos calificativos, como divididor, devastador, despoblador de una isla, de un distrito, de una

costa. Veamos cómo describe Williams la ceremonia de la «santificación» — así se denomina la imposición del nombre — en Somosomo: «El rey y los magnates habían ocupado sus puestos en la plaza pública, cuando fueron conducidas á aquel lugar y tendidas en el suelo 14 esteras sobre las cuales se colocó una pelota de tela y dos dientes de ballena, y al lado una vela de estera y en ella algunos vestidos. Acto seguido se presentó el joven caudillo que había de ser santificado llevando en una mano una maza con la cabeza en forma de piña y en la otra una caña: su *masi* le arrastraba por el suelo formando larga cola. Cuando llegó á la estera, un anciano le quitó la caña de la mano y se la dió á un niño que la llevó á toda prisa al templo del dios de la guerra. El joven caudillo hubo de subir luego á la pelota de tela; entonces algunas mujeres entonando cantos depositaron delante de él unas cáscaras llenas de azafrán y de aceite, después de lo cual el rey le despojó del *masi* que llevaba y le puso en su lugar otro más grande. El *mata* del rey cogió el aceite y ungió con él al joven desde la raíz de los cabellos hasta los talones, procediéndose en seguida al cambio de mazas que consistía en salir algunos espectadores de las filas que ocupaban y cambiar sus mazas por la del joven héroe en la creencia de que el arma que salía de las manos de éste tenía algo de sagrada. Después se envió al templo una parte de la estera y del aceite, hecho lo cual la comitiva precedida de dos músicos que tocaban el cuerno marino se dirigió á la playa en donde el héroe se mojó las plantas de los pies mientras el rey y su séquito contaban de uno á cinco, arrojando luego piedras al mar. De regreso, el consagrado pasaba tres días y tres noches con sus compañeros en una cabaña construída *ad hoc*; no podía dormir más que sentado, ni apartarse del aceite del ungimiento, ni cambiar de *masi* y ninguna mujer podía acercarse á él. Sus amigos se pintaban de encarnado. El nombre que con estas ceremonias se imponía era el de *kuila*, es decir bandera.»

En todas las grandes islas hay tribus guerreras que como á tales son designadas por las demás. En la costa septentrional de Nueva Guinea á donde llegan en sus correrías los malayos, son muy temidos los *mansuaris*; en Fidschi no son raros los que exclusivamente se dedican á la profesión de la guerra: el fenómeno notable de que aquéllos y éstos se mantengan célibes tiene indudablemente hondas raíces. Dos hombres se unen recíprocamente, en una forma que recuerda el contrato matrimonial, prometiéndose eterna amistad y mutuo apoyo hasta la muerte en todas las situaciones y en todos los peligros y jurando morir juntos si es necesario: los que les rodean hablan de ellos como de marido y mujer, y en efecto si alguno de los dos quiere unirse con una mujer queda caducado el contrato primitivo.

La antropofagia de la mayor parte de los melanesios es un hecho perfectamente probado y no menos cierto es que con mucha frecuencia la encontramos establecida en gran escala. Brown y Cockerell encontraron en una sola casa de Nueva Irlanda 35 maxilares inferiores y en una palmera que crecía delante de ella 76 incisiones cada una de las cuales indicaba que allí había sido devorado un ser humano: en la propia vivienda aparecían colgadas una mano de hombre y otras varias partes del cuerpo ahumadas. Al penetrar uno de estos dos viajeros en una choza de la aldea de Kura encontró en ella á una mujer ocupada en asar un

muslo y una pantorrilla de un hombre asesinado la vispera. Los naturales de la isla de Torres cuecen ó por mejor decir guisan al horno en sus fogones las cabezas de que han podido apoderarse y devoran los ojos y los trozos de las mejillas; en estas comidas, sin embargo, sólo pueden tomar parte aquellos que ayudaron á proporcionarse las cabezas, siendo creencia general que estos manjares dan valor y fortaleza á los que de ellos comen. Para comer carne humana usan los fidschianos unos tenedores largos de madera especiales; entre ellos esta bárbara costumbre



Danzantes *dub-dub*, de Nueva Bretaña (según Finsch).

ha llegado á su más alto grado, pues no sólo se comen á los prisioneros de guerra sino que determinadas tribus vienen condenadas, como castigo, á entregar anualmente un individuo para la fiesta de caníbales. En las islas Salomón los prisioneros son vendidos para estos banquetes antropófagos. Los neobritanos sólo comen, según Fidschi, á los que han muerto en la guerra y aun únicamente los hombres toman parte en estas comidas; algunos de ellos, sin embargo, sienten repugnancia hacia la carne humana habiendo manifestado al misionero Brown que si conservaban esta costumbre era simplemente para intimidar á sus enemigos. En distintos puntos de Nueva Guinea hay caníbales de muy diversos grados: en algunos puntos, esta costumbre ha desaparecido por varios motivos; en otros la carne humana es tan codiciada que se llega á comer hasta la de los parientes fallecidos de muerte natural. A. B. Meyer cita esto último hablando de las tribus de los *karceus* que habitan en las cordilleras de la costa septentrional, entre Amberbaki y Pulo Dúa, y de las tribus nómadas, desnudas y errantes de los *tarungarés* de la costa oriental de la bahía de Geelvink. También se dice de los montañeses de Jobi que devoran á sus enemigos muertos. En Nueva Guinea y en las islas vecinas está muy generalizado el uso de maxilares inferiores humanos como brazaletes. Gracias al estrecho enlace que existe entre la adoración de los cráneos y el canibalismo hase éste conservado aun en aquellos puntos en que á no ser por esta relación habría desaparecido. Los *hattameses* que tienen la costumbre de adornar sus viviendas con cabezas de muertos y que son harto cobardes para atacar á un hombre, profanan las sepulturas de sus vecinos y extraen de ellas las cabezas de los cadáveres, renaciendo el furor del canibalismo á cada fiesta que se celebra en honor de cada nueva cabeza ad-

quirida. El hambre de carne rara vez puede señalarse como causa primordial de la antropofagia; esto sólo podría aplicarse á lo sumo á los pobres neocaledonios, pero éstos invocando la mitología declaran á los hombres pescados y como á tales comestibles.

CAPITULO IX.

RELIGIÓN DE LOS POLINESIOS, DE LOS MICRONESIOS Y DE LOS MELANESIOS.

«El pueblo manifiesta mucha afición á oír algo que se refiera así á la divinidad suprema como á los dioses de segunda fila y en esto y en seguir algunos preceptos por todos reconocidos y encaminados á la virtud consiste lo esencial de su culto.»

JUAN REINALDO FORSTER

La omnianimación. Las nociones Atúa, Ani, Kalit y demás análogos. Creación de los dioses. Culto de los héroes. Atúa y Oromatúa. Dioses del mar, del aire, del país, de las ocupaciones diarias. Animación de animales, plantas y piedras. — *Cosmogonía y mitología.* Idea de la naturaleza. Los rudimentos metafísicos. Leyenda de Tapa y Kaka. Separación del cielo y de la tierra. Rangí-Ru y Maui. Maui como dios y alma de los terremotos, del fuego y del sol. El Maui de los hawaianos y de los maoríes. Wakea. Tangaroa, el Zeo polinesio y dios del sol, de la bóveda celeste, del horizonte. Tii como transformación del mismo. Tane, el dios del cielo. Hina, la diosa de la luna. Dioses del Olimpo y del Hade: Hikuleo, Milu, Pele. Los dioses héroes Meru, Moso, Oru, Maru. — *Los sacerdotes.* Universalidad del cargo de sacerdote. Sacerdote y caudillo. Reyes sacerdotes. Consagración sacerdotal. Funciones del sacerdote. — *Templos y lugares para los sacrificios.* Diversidad de lugares sagrados. Los sepulcros como sitios de veneración. Templos propiamente dichos. Falta de verdaderas imágenes de ídolos. Encarnaciones de los dioses. Los Tiis. Imágenes de piedra. Ídolos de pluma. — *Sepulcros y usos funerarios.* Permanencia de las almas en el cadáver y en la tumba. Distintas clases de enterramientos. Culto de los cráneos. Sacrificios mortuorios. Entierro de personas vivas.

La omnianimación es la base fundamental de toda la religión de los polinesios y de los melanesios: entre ellos todo está animado ó es susceptible de estarlo, llegando hasta el punto de hablar de la animación de las cosas muertas, de los utensilios. «Hasta los cerdos tienen alma en Tahití!» exclama admirado Ellis. Pero no se crea que esta animación es exclusivamente la que ennoblece, la que diviniza, sino que más bien el lenguaje se ha valido de la palabra espíritu ó alma en un sentido sobreterrenal para expresar principalmente las manifestaciones de la vida. Así por ejemplo en Tahití con la palabra *varuaioire* (espíritu de un ratón) se designa el chillido de este roedor y también el acto de hablar los niños en sueños. Con perfecto convencimiento introduciéndose almas en las cosas, gracias al sistema de la encarnación de los espíritus protectores. Desde el momento en que cada tribu de Hawái tiene en el mar un dios tutelar que se alimenta de distintas clases de peces, como tiburones, tortugas, *octopus* etc., nada de extraño tiene que *Talici tubori*, dios tutelar del rey de Tonga, se encarnara en un diente de ballena, siendo, por lo demás, consecuencia de esta animación de la muerte el hecho de que el alma se reproduzca en un objeto, como sucede por ejemplo con los trozos de madreperla que los marquesanos cuelgan de sus ídolos de madera y que consideran como *manavas* ó almas del mismo. De esto parece deducirse inmediatamente que todo cuanto hace sombra tiene alma, ó en otras palabras, que toda cosa corporal posee un alma. De aquí que se atribuya una vida ulterior en el Bolotu á las almas de los hombres, de los animales, de las plantas y de

las piedras y aun á los utensilios de los oficios manuales. Este sistema de la animación de los seres y cosas más diferentes, condujo, una vez iniciado, al primitivo panteísmo en el que encuentran de una manera genuina y universal su expresión característica las ideas polinesias del *Atúa*, del *Akúa* y del *Hotúa*.

Atúa designa, en su acepción lata, lo espiritual, usándose la palabra *túa* en sentido de allende: es dios, hombre divinizado, espíritu, alma, sombra y, como se comprenderá, degenera hasta en fantasma. Dicha palabra se emplea concienzudamente en sentido genérico. Al lado de los *Atúa-faka Bolotu*, como dioses inmortales ú originarios del Bolotu, y de los *atúas* como almas humanas divinizadas, encontramos también en Tonga á los malos *Atúas Banuu* que producen las enfermedades y otros males y que viven entre los hombres y enfrente de los cuales existen como cuarto grupo los *Atúa leles* ó espíritus buenos. Los maoríes decían que la sombra de cada cosa es su *atúa* y al propio tiempo designaban con el nombre de *Atúa Tupúa* á los hombres divinizados en contraposición á los dioses originarios ó *Atúas*. De suerte que la palabra *Atúa* sola sirve para designar á los dioses, pero el uso de la misma en este sentido es de carácter abstracto. En la práctica, la eficacia y la importancia del otro mundo las consiguen los vivos ó por mediación de las almas de los muertos que vagan entre el cielo y la tierra ó por la encarnación temporal ó perpetua de un dios en un objeto corporal. De aquí nacen los dioses tutelares que constituyen indudablemente en el culto práctico de los polinesios la clase más importante y cuyas inspiraciones son ardientemente deseadas porque dan á conocer á los tonganeses y demás pueblos lo que han aprendido en su trato con los dioses del Bolotu. Por esta razón cuando aquellos dioses no descienden voluntariamente se procura atraerlos para gozar de sus preferencias por medio de ruegos, de sacrificios y en último caso por medio del decreto del vértigo de la locura. Los *atúas* eran también auxiliares de los dioses diciéndose en Hawái que de noche trabajan en la formación de mundos, en su conservación ú ordenación, en derribar montañas, llenar ríos, etc.

El *Atúa* polinesio lo vemos reproducido en el *Ani* ó *Hani* (Ponape), en el *Kasingl* y en el *Ka'it* (Palaos), en el *Anut* (Kusaí), en el *Jaris* (Tobi) y en el *Tautup* de los micronesios. El nombre de los *atúas* se nos aparece en las islas Gilbert en donde es venerado junto con los *anis*. Kuby dice hablando de las islas Palaos: «Tienen una verdadera legión de espíritus y de dioses hacia los cuales sienten un miedo continuo. Estos dioses toman la forma de animales, peces, piedras ó árboles y á estas encarnaciones del *Kalit* les dan el nombre de canoas ó *amlajs* del mismo y las adoran como dioses verdaderos. Respecto de un indígena cuyo dios especial represente una canoa se dice que ésta es su *Kasingl* conduciéndose aquél con éste del mismo modo que los polinesios con su *atúa*. Cada indígena tiene su *kasingl*.» Esta veneración de los espíritus que se dirige á seres que se reputan animados parece haber degenerado en muchos puntos en zoolatría; así por ejemplo en Mortlock vemos adorado el maquerel bastardo (*Caranx*) como dios de la guerra y los kurnaus consideran creadores de los sexos al *Stipiturus* y al *Malurus*. Que estos espíritus están muy cerca de los dioses nos lo demuestra también la reaparición de su nombre como nombre genérico para los seres divinos. En la Ascensión se habla de *Atúa Nau Jabbo* cuyas voces han de calmar el trueno y el sacrificio del awa. Probablemente será debido á una mala inteligencia el que se hable, además, de malos espíritus, como por ejemplo el *Atus* de Ulea, puesto que los tales

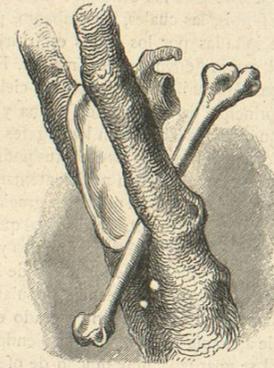
son simplemente *kalits* que pueden ser buenos ó malos. Que bajo el nombre de *kalit* se comprende á menudo el elemento animador se desprende del hecho de dar un *kalit* á todas las cosas muertas. En tiempo de Semper todavía preguntaban los isleños de las Palaos, por ejemplo, por el *kalit* que producía el tic tac del reloj de aquél.

También los melanesios conocen estos espíritus ó seres incorpóreos que en las Nuevas Hébridas reciben el nombre de *Vui* y habitan en una comarca de este mundo denominada *Panoi*; lo que no se sabe á punto fijo es si residen en ella perpetua ó temporalmente. Dichos espíritus están en relación con los antepasados que se han convertido en dioses y son invocados en los momentos de peligro. Todas las enfermedades graves son atribuidas á la hechicería ó á la maléfica influencia directa de los *Atais* ó *Tamates* que son las almas de los difuntos y como á tales muy diferentes de los *vui*. Los mismos nombres de estos espíritus almas (*Atai* en Mota, *Tamate* en las islas de Banks, *Natina* en las Nuevas Hébridas, *Ataro* en Bauro), recuerdan el de los *atúas* polinesios cuyo modo de ser es también igual al de aquellos. Apenas el alma ha abandonado el cuerpo, empieza su emigración que termina de muy distinta manera según sean el estado ó los méritos de la misma. Al principio no se aleja mucho y puede á menudo ser nuevamente atraída por medio de comunes esfuerzos; de aquí que los parientes del difunto pronuncien en alta voz y con energía el nombre de éste junto al lecho mortuorio. Se cree también que después de la muerte puede el alma ser cogida y devuelta al cuerpo y en este sentido se cuenta que un isleño de Banks oyó al lado de un moribundo un murmullo extraño y haciendo como si se apoderara del ruido abrió la mano sobre la boca del que agonizaba en la creencia de que con ello le restituía el alma. En Nueva Guinea se supone que el alma del padre se reproduce en el hijo y la de la madre en la hija; en Ulea se llama á las almas con la flauta nasal y en Nueva Caledonia se sopla en honor suyo en el cuerno marino sagrado.

Del culto general de las almas derivase fácilmente la adoración divina de determinadas personalidades; los fidschianos establecen por esta razón una diferencia entre los *Kaluvus* y los *Kahuyalos*, es decir, entre los dioses originarios y los deificados y dirigen sus oraciones á los parientes muertos ó convienen con los vivos en que los primeros que fallezcan se elevarán á la categoría de divinidades: Tuikilakila, caudillo de Somosomo, estaba dispuesto á adorar como dios á su amigo el inglés Hunt en el caso de que éste muriera antes que él. Hay un dios en Tanna que lleva el nombre de *Arenha*, hombre muerto. Las almas de los ancianos caudillos son divinizadas después de la muerte para poderles llevar las primicias é invocar su nombre á fin de que hagan crecer las plantaciones. Pero aun en aquellos puntos en los cuales se profesa la veneración máxima á los espíritus de los antepasados se adora también á los dioses propiamente dichos. Sólo á nuestros incompletos conocimientos se debe el que se haya dicho, por ejemplo, que los motus de Nueva Guinea no tenían ninguna religión cuando después hemos encontrado como dato demostrativo de sus creencias, el hecho de que consideren que hay en el hombre algo que no muere con su cuerpo y que se desprende de éste para irse á la región llamada *Taulu*, en donde vive el espíritu ó *tirava* durante un tiempo indeterminado y de donde regresa algunas veces á este mundo. Cuéntase también que á menudo los niños regresan á la choza de su madre dando grandes gritos porque se les ha aparecido su difunto padre; entonces

la viuda sale fuera de la cabaña y ve delante de ella á su marido con los pies clavados todavía en la tierra de donde sale y al querer abalanzarse á él vuelve á hundirse en el suelo. De esto únicamente puede deducirse que también aquí la creencia en los espíritus ofrece firmísimo apoyo á la fantasía popular y que los dioses pueden, por consiguiente, degenerar en espíritus.

En Melanesia, la idea de espíritus infantiles ha sufrido un perfeccionamiento especial. Los mejores espíritus buenos son en las islas de Banks una especie de silfos cuya denominación de *Nopitu Vui* tiene seguramente alguna relación con el nombre del dios de la creación de Erromango, *Nopu*. Estos espíritus colman de gracias á los hombres honrados, alimentan á los pobres y su presencia es indicada por un dulce canto como de niños. Se ha dado el caso de



Huesos humanos en un tronco de árbol, monumento canibal de Fidschi (Colección de Godeffroy, Museo para Etnografía, Leipzig).

que una persona protegida por los *nopitu vui* al abrir un coco ha visto salir de él en vez de jugo monedas de conchas. Los sitios por los cuales transitan con preferencia toman en Mota el nombre de *rongos*, idea que acusa cierta afinidad con el tabú, que no es aquí desconocido, por más que no se halle muy íntimamente enlazada con éste, con el cual tiene de común cierto temor y cierto respeto. Todos los animales, árboles y piedras que en tales lugares se encuentran son asimismo *rongo*, carácter que se extiende hasta á los animales que se aparecen con frecuencia por las viviendas, tales como los lagartos, las serpientes y los mochueros. Algunas partes de un río pueden también llegar á ser *rongo* por cualquier motivo. A cada espíritu se le juzga según el objeto en que habita y el que sabe formular estos juicios es considerado como mediador entre los demás hombres y los buenos espíritus: sólo él puede penetrar en los lugares *rongos* y hacer en ellos sacrificios que consuma rezando y colocando á la víctima en una piedra que se considera unida al espíritu. También pueden pedirse por medio de oraciones hechos maléficos, pero cuando se reza á un *vui* para que envíe una enfermedad ó cualquiera otra calamidad análoga á un enemigo, el espíritu podrá proporcionar al que ora los medios para conseguir su fin, mas no traer él mismo la desgracia porque es un espíritu bueno. En Anaiteum y en Erromango estos espíritus buenos se nos presentan como *Natmas* y *Natemas* y son adorados como hijos del dios Nugerain, lo cual explica que en Anaiteum se hable de un dios Natmase. En estas islas se referían luchas entre los *natmas* de tierra y los de mar, espíritus á los cuales se concebía como de pequeña figura y aficionados á los juegos